

Alianza Universidad

Original

33

FOTOCOPIADORA	
11 CEHCE	
Sociología General	
Folio 18	S/F 1
	D/F 5

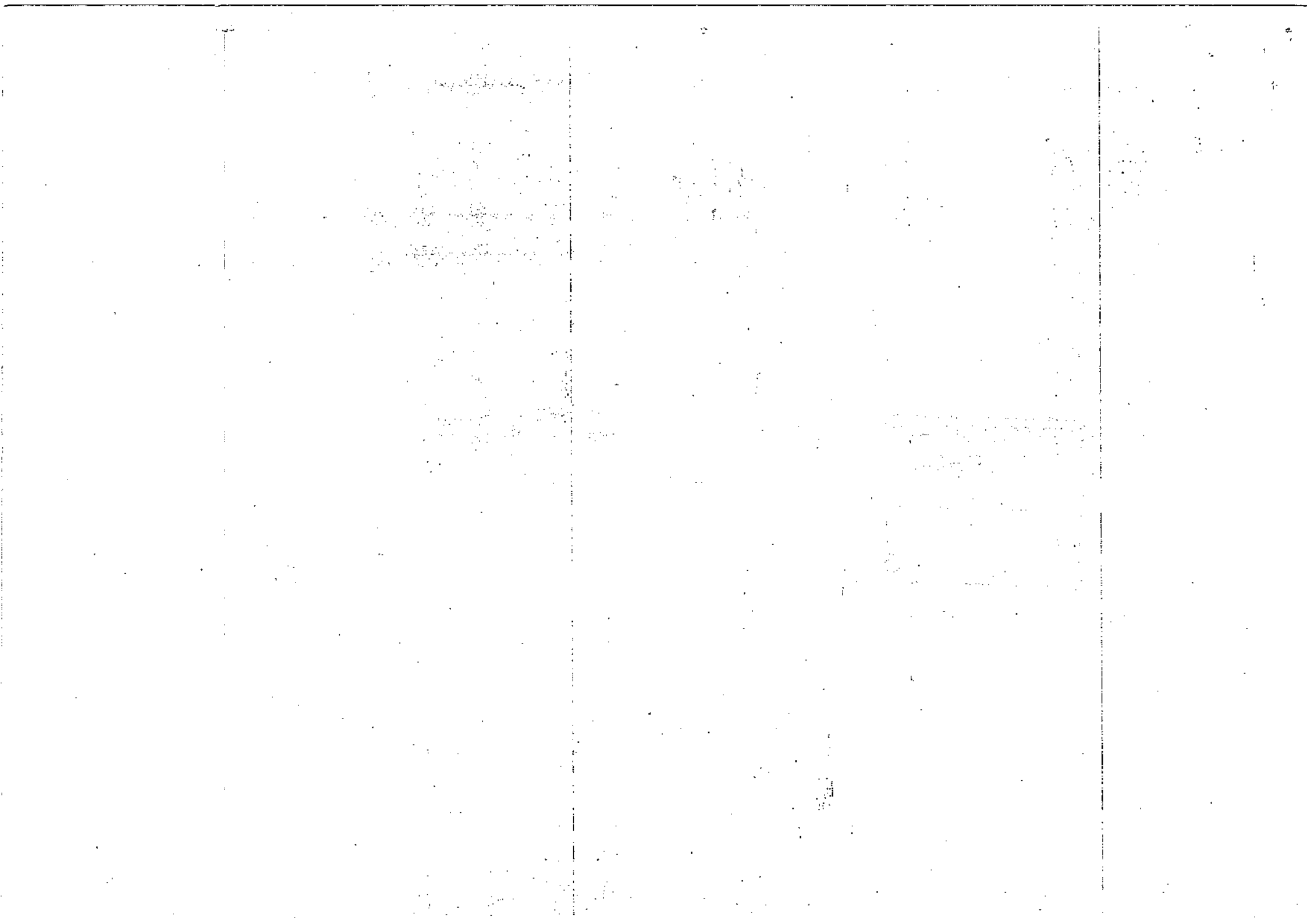
Anthony Giddens

La estructura de clases.
en las sociedades avanzadas

Postfacio (1979)

Versión española de
Joaquín Bollo Muro

Alianza
Editorial



Es Saint-Simon, antes que Comte, quien está considerado con más propiedad como padre de la sociología, a pesar de que este último diera su nombre a la nueva disciplina. Las ideas de Saint-Simon tienen una doble línea de descendencia, que conduce por una parte al positivismo de Comte, y desde éste, a través de Durkheim, a las modernas teorías de la «sociedad industrial»; y por otra al análisis y crítica del «capitalismo» como fue formulado por Marx y por las generaciones siguientes de marxistas¹. Saint-Simon no fue un pensador sistemático. Sus escritos son caóticos y, con no poca frecuencia, contradictorios. Pero reunió los elementos de una teoría coherente de las clases sociales, situándola dentro del esquema de una interpretación del desarrollo de Europa desde la época clásica hasta la del industrialismo moderno. La sociedad, según Saint-Simon, atraviesa unos períodos de crecimiento, madurez y declive; cada tipo sucesivo de sociedad contiene el «germen de su propia destrucción», generado por su propio desarrollo interno. En la época contemporánea, sostenía, los conflictos de clases son cosa corriente, porque se trata de una era de transición: el feudalismo decadente aún no ha sido del todo destruido y la nueva sociedad industrial que emerge sólo se ha formado parcialmente. Saint-Simon identificaba el origen material de la nueva

¹ Véase Georges Gurvitch, «La sociologie du jeune Marx», *La vocation actuelle de la sociologie* (París, 1950), para una vigorosa defensa de la significación de las ideas de Saint-Simon en la evolución del pensamiento marxiano.

sociedad con el desarrollo de las comunas libres urbanas hacia el fin del período feudal; éstas crearon una «ciudadanía» urbana, independiente de la aristocracia feudal. Esta burguesía urbana formó el núcleo de la nueva clase de los *industriels*, que basaban sus pretensiones de poder en su propiedad de bienes muebles creados en la manufactura.

El empleo por Saint-Simon del término «*industriel*», así como su utilización de la noción de «clase» en general, no dejaba de ser contradictorio. En algunas ocasiones, hablaba de los industriales como de un subgrupo definido de la sociedad, una clase diferente de los *proletaires*. Más característicamente, sin embargo, consideraba a los *industriels* como la totalidad de los que intervienen en la producción industrial, oponiéndolos a los elementos «parasitarios» envueltos aún en las reminiscencias del orden feudal. La clase de los *industriels* comprendía así a cada individuo «que trabajaba para producir o para poner a disposición de los diferentes miembros de la sociedad una o varias formas de satisfacer sus necesidades o sus gustos materiales...»² Es en este último sentido en el que Saint-Simon se refería a la clase industrial como eventualmente destinada a convertirse en la «clase única» de la sociedad. [En la sociedad industrial, la dominación coercitiva de una minoría sobre la mayoría, que había caracterizado las formas sociales precedentes, sería sustituida por un orden libremente aceptado por todos sus miembros.] El advenimiento de la sociedad industrial transfiere el impulso humano hacia el poder de la dominación sobre los hombres a la dominación de la naturaleza. De aquí que la sociedad de «clase única» sea una sociedad «sin clases» —aunque en modo alguno una sociedad igualitaria en términos de distribución diferencial de las recompensas. En la sociedad industrial, la «administración» de las cosas sustituiría al «gobierno» de los hombres: el Estado, como instrumento de dominación de clase, desaparecerá.

Es evidente que muchos de los principales elementos de la concepción de Marx sobre las clases y sobre el conflicto de clases se encuentran en Saint-Simon. Pero si Marx debe mucho a Saint-Simon, también se basó en otras tradiciones teóricas —incluyendo sobre todo, por supuesto, la filosofía alemana clásica y la economía política ortodoxa de Smith y Ricardo— y la teoría general que ideó es una síntesis inmensamente más interesante que la desarrollada por su predecesor. Ninguna idea importante en el pensamiento social es nunca producto de una sola mente; antes bien, el gran pensador da expresión concreta a concepciones que están germinando en el ambiente intelectual de su época. En la mayoría de los escritos de Marx, como en los de Saint-Simon, el concepto de clase se emplea libremente sin

² Saint-Simon, *La physiologie sociale* (Ed. Gurvitch, París, 1965), pág. 141.

ofrecer una definición formal. Hasta sus últimos años de vida, Marx no sintió la necesidad de brindar una exposición formal de los atributos de la clase; y el famoso fragmento sobre «las clases», que aparece al final del tercer volumen de *El capital*, acaba precisamente en el momento en que parece que va a ofrecer una exposición concisa sobre la naturaleza del concepto. Es evidente que éste es uno de los factores que han contribuido a complicar aún más las ya difíciles cuestiones envueltas en el debate en torno a la «interpretación» de las obras de Marx a este respecto: las características formales del concepto de clase en Marx han de deducirse de una variedad de escritos en los que analiza las relaciones de clase en contextos específicos.

Como la teoría de Saint-Simon, la teoría de las clases de Marx fue elaborada como parte de un intento por comprender la naturaleza de los cambios que habían transformado dramáticamente las estructuras sociales tradicionales de Europa. Pero lo que para Saint-Simon (como para Durkheim) constituía un período temporal de «crisis» en la transición entre el feudalismo y la sociedad industrial, se convirtió en los escritos de Marx en el elemento principal de un triple movimiento de feudalismo-capitalismo-socialismo. Con seguridad, el capitalismo para Marx es, en un aspecto importante, una «etapa» transitoria que ocupa el período entre el feudalismo y la más estable sociedad sin clases del futuro. Pero no se trata únicamente de una fase de «desorden» en el doloroso proceso de sustitución del feudalismo por el industrialismo; es una forma auténticamente nueva de sociedad, con su propia estructura característica y su propia dinámica interna. Marx no fue un crítico del «industrialismo», sino del «industrialismo capitalista». El capitalismo debe ser afrontado y analizado en sus propios términos. El conflicto de clases no es indicativo, como lo era para los positivistas franceses, de las «discordancias de funciones» en el nacimiento de la sociedad industrial, sino que expresa el carácter más íntimo del capitalismo. La diferencia es fundamental. Porque según la primera opinión, el conflicto de clases es un fenómeno que cesará fundamentalmente por sí mismo, una vez que hayan desaparecido los últimos vestigios del feudalismo. En consecuencia, en las obras del más sofisticado representante de esta corriente de pensamiento, Durkheim, el estudio de las clases ocupa sólo un lugar relativamente menor. Marx coincidía con los teóricos de la «sociedad industrial» en que el advenimiento del industrialismo ponía de manifiesto la enorme riqueza que puede generar la actividad productiva humana; pero el carácter «contradictorio» del capitalismo, que se deriva en última instancia de su propia estructura de clases, sólo permite una limitada realización de los poderes creativos potenciales (tanto «materiales» como «culturales») que la producción industrial hace posible.

Dondequiera que la concepción de la «sociedad industrial», de una forma u otra, ejerce ascendiente sobre la sociología, la preocupación por las clases tiende a borrarse como algo que no afecta al orden inmanente. Este fue el caso de Saint-Simon: la cuestión de la «clase», y especialmente del «conflicto de clases», se aplica principalmente a la lucha entre los elementos «no productivos» del feudalismo moribundo y la «clase industrial» productiva, la «clase» única de la sociedad industrial. La nueva sociedad será una sociedad diferente, en términos de la distribución de recompensas materiales; pero las relaciones entre los diversos grupos en la división del trabajo será esencialmente compatible, dado que el acceso a las posiciones de empleo estará determinado no por un privilegio social heredado, sino por el talento y la capacidad. Cualquiera que sea la importancia posterior de la concepción de «sociedad industrial» en sociología —y ésta, por supuesto, es muy considerable— esta tradición del pensamiento social ha aportado relativamente pocas contribuciones de importancia a la teoría de las clases³.

1. Fundamentos del modelo de Marx

Según la teoría de Marx, la sociedad clasista es el producto de una determinada sucesión de cambios históricos. Las formas más primitivas de sociedad humana no son sistemas clasistas. En las sociedades «tribales» —o según la expresión de Engels, en el «comunismo primitivo»— se da sólo una división del trabajo muy pequeña y la propiedad que existe es poseída conjuntamente por los miembros de la comunidad. La expansión de la división del trabajo, junto con el mayor nivel de riqueza que produce, va acompañada del crecimiento de la propiedad privada; lo que lleva consigo la creación de un producto excedente del que se apropia una minoría de no productores que en consecuencia mantienen una relación de explotación *vis-à-vis* con la mayoría de los productores. Expresándolo en la terminología de los primeros escritos de Marx, la alienación respecto a la naturaleza, que caracteriza la situación del hombre primitivo, cede su lugar a un mayor dominio sobre el mundo material, mediante el cual el hombre se «humaniza a sí mismo» y desarrolla su cultura; pero la disolución cada vez mayor de la alienación del hombre y la naturaleza se obtiene sólo al precio de la formación de unas relaciones de clase explotadoras —al precio de un aumento de la autoalienación humana.

³ Esta es evidentemente una afirmación exagerada: las excepciones vienen fácilmente a la mente —así, Maurice Halbwachs, *The Psychology of Social Class* (Londres, 1958).

Marx no siempre tuvo cuidado de resaltar las diferencias entre el capitalismo y las formas anteriores de los sistemas de clases que lo habían precedido en la historia. Aunque toda la historia (escrita) «es la historia de la lucha de clases»⁴, esto evidentemente no significa que lo que constituye una «clase» sea lo mismo en cada tipo de sociedad clasista (aunque, por supuesto, toda clase participa de ciertas propiedades formales que la definen como tal), o que el proceso de desarrollo de los conflictos de clases sea igual en todas partes. En este sentido, las censuras de Marx a aquellos de sus seguidores que sostuvieron esto último no dejan de ser instructivas. Varios de los factores que caracterizaron los orígenes del modo de producción capitalista en la Europa occidental en el período post-medieval existían previamente en la Roma antigua, incluyendo la formación de una clase manufacturera mercantil y el desarrollo de los mercados monetarios. Pero a causa de otros elementos que existían en la composición de la sociedad romana, sobre todo debido a la existencia de la esclavitud, las luchas de clases adoptaron en Roma una forma que tuvo como consecuencia no la generación de una «nueva y más elevada forma de sociedad», sino la desintegración de la estructura social⁵.

Las diversas formas y resultados de los conflictos de clases en la historia explican las diferentes posibilidades producidas por el reemplazamiento de un tipo de sociedad por otro. Cuando el capitalismo sustituye al feudalismo, ello se debe a que un nuevo sistema de clases, basado en la manufactura y centralizado en las ciudades, ha creado una especie de enclave dentro de la sociedad feudal que finalmente llega a predominar sobre la estructura de base agraria de la dominación feudal. El resultado, sin embargo, es un nuevo sistema de dominación de clases, porque esta secuencia de cambios revolucionarios se basa en el desplazamiento parcial de un tipo de propiedad de los medios de producción (tierras) por otro (capital) —un proceso que, naturalmente, lleva consigo cambios importantes en la técnica⁶. Mientras que el capitalismo, como el feudalismo, lleva en sí mismo «el germen de su propia destrucción», y si bien esta tendencia autonegativa se expresa también en forma de luchas de clase manifiestas, el carácter subyacente de las mismas es bastante diferente del de aquellas que se dan en el período de declive del feudalismo. Los conflictos de clases en el capitalismo no representan la lucha de dos técnicas en

⁴ Marx y Engels, «Manifiesto of the Communist Party», *Selected Works* (Londres, 1968), pág. 35.

⁵ *Capital*, vol. 3 (Moscú, 1959), págs. 582 ss.

⁶ Emplearé el término «técnica» en lugar de «tecnología», puesto que el primero tiene un sentido más amplio; pero conservaré el adjetivo «tecnológico», puesto que «técnico» tiene un significado establecido y diferente.

competencia, sino que en su lugar se derivan de la incompatibilidad entre una técnica productiva existente (manufactura industrial) y otros aspectos del «modo de producción»: a saber, la organización del mercado capitalista. El acceso al poder de una nueva clase no entraña el ascenso de una nueva forma de propiedad privada, sino que, al contrario, crea las condiciones bajo las cuales la propiedad privada queda abolida. El proletariado aquí es el equivalente a los «industriels» de Saint-Simon: porque se convierte en la «clase única» de la sociedad y su hegemonía significa la desaparición de todas las clases.

El problema del empleo por Marx del término «clase» es complejo, dado el hecho de que no proporciona una definición formal del concepto. Para estudiar esta materia, es útil establecer una distinción entre los tres conjuntos de factores que dificultan el estudio del concepto marxiano de clase —factores que no han sido separados satisfactoriamente en la larga controversia sobre la cuestión. El primero de ellos se refiere simplemente a una cuestión de terminología —la variabilidad del empleo de la propia palabra «clase» en Marx. El segundo corresponde al hecho de que existan dos construcciones conceptuales que pueden deducirse de los escritos de Marx en relación con la noción de clase: un modelo abstracto o «puro» de dominación de clase, que se aplica a todos los tipos de sistemas clasistas; y unas descripciones más concretas de las características específicas de las clases en determinadas sociedades. El tercero concierne al análisis de Marx de las clases en el capitalismo, el caso que le interesa predominantemente: así como existen en Marx modelos «puros» de clase, existen también modelos «puros» y «concretos» de la estructura del capitalismo y del proceso del desarrollo capitalista⁷.

La cuestión terminológica, por supuesto, es la menos significativa de las tres cuestiones. El nudo de la cuestión estriba en que la terminología de Marx es imprecisa. Mientras que normalmente utiliza el término «clase» (*Klasse*), emplea también palabras tales como «estrato» y «estamento» (*Stand*) como si fueran intercambiables con el primero. Más aún, utiliza la palabra «clase» para varios grupos que, desde un punto de vista teórico, son evidentemente sólo partes o sectores de «clase» propiamente dichos: así habla de los intelectuales como de las «clases ideológicas», del *Lumpenproletariat* como de la «clase peligrosa», de los banqueros y de los prestamistas como de la «clase de los parásitos», y así sucesivamente⁸.

⁷ Cf. para un análisis detallado según estas líneas, Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste* (París, 1970).

⁸ Ver *Capital*, vol. 1 (Moscú, 1958), pág. 446; «Manifiesto of the Communist Party», *Selected Works*, pág. 44; *Capital*, vol. 3, pág. 532.

Lo que importa, sin embargo, es hasta qué punto esta vaguedad terminológica esconde ambigüedades conceptuales o confusiones.

Los elementos principales del «modelo abstracto» de Marx de dominación de clases no son realmente difíciles de reconstruir a partir de la totalidad de sus escritos. Se trata de un modelo dicotómico. En cada tipo de sociedad de clases existen dos clases fundamentales. Las relaciones de propiedad constituyen el eje de este sistema dicotómico: una minoría de «no productores», que controla los medios de producción, pueden utilizar esta posición de control para extraer de la mayoría de los «productores» el producto excedente que es la fuente de su subsistencia. La «clase» se define así en función de la relación entre los diferentes grupos de individuos con los medios de producción. Esto se encuentra integralmente ligado a la división del trabajo, porque es necesaria una división del trabajo relativamente desarrollada para la creación del producto excedente sin el cual no pueden existir las clases. Pero, como Marx deja claro en su inacabado estudio del final del tercer volumen de *El capital*, la «clase» no debe identificarse con la fuente de ingresos en la división del trabajo: esto nos llevaría a una pluralidad infinita de clases. Más aún, las clases no son nunca, en opinión de Marx, grupos de renta. Las modalidades de consumo, según Marx, están determinadas principalmente por las relaciones de producción. De aquí su crítica de esas variantes del socialismo encaminadas a asegurar algún tipo de «justicia distributiva» en la sociedad —que buscan, por ejemplo, la igualación de los ingresos: estas formas de socialismo se basan en premisas falsas, porque olvidan el hecho esencial de que la distribución se encuentra en último extremo regida por el sistema de producción. Así, es posible que dos individuos que tengan unos ingresos idénticos, y hasta las mismas ocupaciones, pertenezcan, sin embargo, a clases diferentes; como puede ser el caso, por ejemplo, de dos albañiles, uno de los cuales posee su propio negocio, mientras que el otro trabaja como empleado de una gran compañía.

Es un axioma del modelo abstracto de clases de Marx que la dominación económica está unida a la dominación política. El control de los medios de producción proporciona el control político. Y así la división dicotómica de las clases es una división tanto de la propiedad como del poder: trazar las líneas de la explotación económica en una sociedad es descubrir la clave para la comprensión de las relaciones de dominación y subordinación que existen en esa sociedad. Así, las clases expresan una relación no sólo entre «explotadores y explotados», sino también entre «opresores y oprimidos». Las relaciones de clase son necesariamente inestables: pero

toda clase dominante trata de estabilizar su posición imponiendo (con frecuencia y no por supuesto de una manera claramente consciente) una ideología que la legitime, que «racionalice» su posición de dominación económica y política y «explique» a la clase subordinada por qué debe aceptar esta subordinación. Este es el sentido de la afirmación muy citada de que

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material, dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, en general, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.⁹

En el modelo abstracto, las clases se conciben como basadas en «las relaciones de mutua dependencia y conflicto.» La «dependencia» en este caso significa algo más que la mera dependencia material que presupone la división del trabajo entre las clases. En la concepción de Marx, las clases en el sistema dicotómico se encuentran en una situación de reciprocidad de forma que ninguna clase puede escapar a esa relación sin perder su identidad como «clase» diferenciada. Es este teorema, profundamente influido por la dialéctica hegeliana, el que une la teoría de las clases a la transformación de los tipos de sociedad. Las clases, según Marx, expresan el carácter fundamental de la sociedad: cuando una clase consigue, por ejemplo, elevarse de una posición de subordinación a una de dominación, consecuentemente efectúa una total reorganización de la estructura social. En el sistema dicotómico, las clases no son, por supuesto, «dependientes» unas de otras en el sentido de grupos que colaboran en un plano de igualdad; su reciprocidad es asimétrica, puesto que descansa en la extracción de plusvalía de una clase por otra. Mientras que cada clase «necesita» de la otra —dada la continua existencia de la sociedad en una forma invariable— sus intereses son, al mismo tiempo, mutuamente excluyentes y constituyen la base para el estallido potencial de luchas abiertas. El «conflicto» de clases se refiere, en primer lugar, a la oposición de intereses motivada por la relación de explotación inherente a la relación de clases dicotómica: las clases son así «grupos conflictivos». Este es, sin embargo, un punto en el que la terminología de Marx es de nuevo variable. Mientras que en su acepción normal una «clase» representa cualquier grupo que comparte la misma relación respecto a los medios de pro-

⁹ Marx y Engels, *The German Ideology* (Londres, 1965), pág. 61.

ducción, con independencia de que los individuos implicados sean conscientes de ello y actúen según sus intereses comunes, en ocasiones señala que un agrupamiento semejante puede considerarse propiamente como «clase» sólo cuando los intereses compartidos generan una conciencia y una acción comunes. Pero realmente no existe ninguna ambigüedad conceptual significativa. Por el contrario, con este énfasis verbal, Marx trata de destacar el hecho de que la clase sólo se convierte en un agente social importante cuando asume un carácter directamente político, cuando es el foco de una acción colectiva. Únicamente bajo ciertas condiciones una clase «en sí» se convierte en una clase «para sí».

La mayor parte de los elementos problemáticos que existen en la teoría de las clases de Marx se derivan de la aplicación de este modelo abstracto a formas históricas, específicas de sociedad —lo que equivale a decir que dependen de la naturaleza de las conexiones entre los modelos de clases «abstractos» y «concretos». La primera cuestión a considerar en este sentido, es la relación entre el sistema de clases dicotómico presupuesto por el modelo abstracto, y la pluralidad de clases que, como admite Marx, existe en todas las formas históricas de sociedad (clásista). Aunque Marx en ningún momento da una opinión explícita sobre esta materia, no existen serias dificultades en esta cuestión. Cada tipo histórico de sociedad (sociedad antigua, feudalismo y capitalismo) está estructurado en torno a una división dicotómica respecto a las relaciones de propiedad (representadas de la forma más simple en cada caso como una división entre patricios y plebeyos, señores y vasallos, capitalistas y asalariados). Pero mientras que esta división dicotómica es el «eje» fundamental de la estructura social, esta sencilla relación de clases se complica por la existencia de otros tres tipos de grupos, dos de los cuales son «clases» en un sentido estricto, mientras que el tercero se representa un caso marginal. Estos son: 1) Las «clases de transición» que se encuentran en el proceso de formación dentro de una sociedad basada en un sistema de clases que se está haciendo «anticuado»: el caso de la ascensión de la burguesía y del proletariado urbano «libre» en el feudalismo. 2) Las «clases de transición» que, por el contrario, representan elementos de un conjunto superado de relaciones de producción que se prolongan dentro de una nueva forma de sociedad —tal y como se encuentra en las sociedades capitalistas de la Europa del siglo XIX, donde las «clases feudales» mantienen una definida importancia dentro de la estructura social. Cada uno de los dos primeros ejemplos resulta de la aplicación de dos esquemas dicotómicos a una forma única de sociedad histórica. Representan, por decirlo así, el hecho de que un cambio social radical no se realiza

de la noche a la mañana, sino que constituye un largo proceso de desarrollo, de forma que existe una superposición masiva de diferentes tipos de sistemas dicotómicos de clases. 3) La tercera categoría incluye dos ejemplos históricos principales: los esclavos del mundo antiguo y el campesinado independiente del período medieval y post-medieval. Estos constituyen «grupos de cuasi-clase», en el sentido de que se puede decir que comparten ciertos intereses económicos comunes; pero cada uno de ellos, por razones diferentes, se mantiene al margen del conjunto dominante de relaciones de clase dentro de las sociedades de las que forman parte. A estas tres categorías podemos añadir un cuarto «factor de complicación» del sistema dicotómico abstracto: 4) los sectores o subdivisiones de clase. Las clases no son entidades homogéneas respecto a las relaciones sociales a las que dan lugar: Marx distingue varias formas de diferenciación dentro de las clases.

Debe señalarse que ninguna de estas categorías supone sacrificar la concepción abstracta del sistema de clases dicotómico: pero permiten reconocer la existencia de «clases medias», que en cierto modo se interponen entre la clase dominante y la subordinada. Las «clases medias» son bien del tipo transicional o bien segmentos de las clases principales. Así, la burguesía es una «clase media» en el feudalismo, antes de ascender al poder; mientras que la pequeña burguesía, los pequeños propietarios, cuyos intereses son parcialmente divergentes de los del gran capital, forman lo que Marx algunas veces considera explícitamente como la «clase media» del capitalismo. Si la terminología es una vez más algo confusa, las ideas subyacentes son suficientemente claras.

La posición es más imprecisa en otro problema importante referente a la relación entre los modelos de clases «abstractos» y «concretos»: el de la transcendencia del desarrollo de los mercados para el análisis de las relaciones de clase. Si bien la producción de manufacturas para su intercambio en el mercado, junto con la formación de una economía monetaria, eran fenómenos que ya sucedían en la antigua Roma, son de suma importancia en relación con la transformación del feudalismo en la historia europea posterior. No cabe duda alguna de que estos fenómenos, en conjunción con la expansión de la división del trabajo a que dieron lugar, sirven para dar lugar a importantes diferencias entre el carácter asumido por las relaciones de clase en el capitalismo y en el feudalismo. Las principales características que sirven para diferenciar a las clases en estas dos formas de sociedad pueden reconstruirse a partir de varios escritos de Marx, pero él mismo no parece haber explorado completamente las implicaciones de sus opiniones en esta materia —un he-

cho que, quizá, pueda atribuirse ante todo a su relativa falta de interés por el desplazamiento del feudalismo por el capitalismo, en comparación con la esperada superación del capitalismo por el socialismo. Las discrepancias terminológicas en este punto probablemente indican una ambigüedad conceptual. Así, mientras que en la mayor parte de las ocasiones Marx habla de «clases feudales», en otros momentos expresa la opinión de que «el nacimiento de las clases es en sí mismo un producto de la burguesía»¹⁰; y escribe, por ejemplo, hablando del declive del feudalismo «Die Bourgeoisie ist schon, weil sie eine Klasse, nicht mehr ein Stand ist, dazu gezwungen, sich national, nicht mehr lokal zu organisieren und ihrem Durchschnittsinteresse eine allgemeine Form zu geben»¹¹. «La burguesía, por ser ya una clase y no un *estamento*, se halla obligada a organizarse en un plano nacional y no ya solamente en un plano local y a dar a su interés medio una forma general» (Marx y Engels, *La ideología alemana*). En este último caso Marx contrasta «clase» y «estamento» y mantiene que la «clase» sólo llega a existir con la formación de los mercados y con el surgimiento de una economía nacional. ¿Cuál de éstas es la auténtica línea del pensamiento de Marx? La respuesta es ambas. En otras palabras, mientras que el feudalismo se basa en un sistema clasista, que se ajusta al «modelo abstracto» de clases, existen, sin embargo, contrastes importantes entre las clases feudales y las capitalistas examinadas a nivel concreto. El feudalismo, como el capitalismo, se construye sobre una relación de clases dicotómica, centrada, en este caso, en la posesión de la tierra. Pero esta estructura de clases difiere también en aspectos básicos de la creada por el advenimiento del mercado capitalista. La estructura de clases del feudalismo está mediatizada por los lazos personales de fidelidad, sancionados legalmente en la diferenciación entre *estamentos*. Estos no constituyen relaciones puramente «económicas»; en la estructura estamental, los factores económicos y políticos se confunden. Se trata, sobre todo, de un sistema basado principalmente en la comunidad local, a pequeña escala: la producción está subordinada fundamentalmente a las necesidades conocidas de la comunidad. La expansión del capitalismo, sin embargo, destruye inexorablemente tanto los vínculos y la fidelidad feudales como el carácter relativamente «cerrado» de la comunidad local. El capitalismo estimula el crecimiento de los mercados nacionales e internacionales: en la división del trabajo capitalista, el carácter in-

¹⁰ *Ibid.*, pág. 95.

¹¹ Marx y Engels, *Werke*, vol. 3 (Berlín, 1962), pág. 62 (de *The German Ideology*).

dependiente de las regiones locales es socavado y la sociedad se unifica en un sistema único de productores interdependientes. Esto conduce a una separación de lo «económico» y de lo «político»: las relaciones de clase, regidas por lazos contractuales pasan a formar parte mediante el capital y el trabajo asalariado del mercado libre, convirtiéndose de este modo en relaciones puramente «económicas» en un sentido muy definido. El mismo proceso da lugar a la estructura diferenciada del Estado capitalista: «mediante la emancipación de la propiedad privada de la comunidad, el Estado se ha convertido en una entidad separada, al margen y fuera de la sociedad civil; pero no es nada más que una forma de organización que la burguesía necesariamente adopta tanto por razones internas como externas, para la mutua salvaguarda de su propiedad y de sus intereses»¹².

A fin de investigar más ampliamente las características de las clases en el capitalismo es necesario examinar detenidamente la teoría de Marx del desarrollo capitalista.

2. Capitalismo y desarrollo capitalista

El modelo abstracto de Marx o modelo «puro» del capitalismo se expone principalmente en el primer volumen de *El capital*, en donde compara su método con el de un médico que observara el fenómeno que desea analizar «en su forma más típica y más libre de cualquier influencia perturbadora». Para ello considera el caso de Inglaterra como principal punto de referencia: porque Inglaterra es el «terreno clásico» del capitalismo¹³. Pero si bien el desarrollo británico proporciona los fundamentos de su análisis, intenta utilizarlo para establecer un tratamiento abstracto de los principios genéricos del modo de producción capitalista, «despreciando» todos los factores históricos, específicos que «ocultan el juego» del «mecanismo interno» del capitalismo.

El modelo abstracto del capitalismo de Marx parte de un difícil problema de la teoría económica —que, al menos así le parece, estaba completamente enmascarado en la teoría ortodoxa de la economía política. Se trata del problema del origen de la plusvalía. Dado el hecho de que la esencia del capitalismo se expresa en la relación de clases entre el capital y el trabajo asalariado, en virtud de la cual la clase obrera debe vender su fuerza de trabajo a la burguesía a

¹² *Ibid.*, pág. 79.

¹³ «Preface to the first German edition of *Capital*», *Selected Works*, pág. 231.

cambio de sus medios de subsistencia, se deduce de los supuestos del modelo abstracto de clases de Marx que esta relación debe basarse en la apropiación de plusvalía por la clase capitalista. En formas anteriores del sistema de clases, el móvil explotador de las relaciones de clase es fácil de discernir: una determinada cantidad de producto es entregada, por ejemplo, por un vasallo a su señor. Pero el capitalismo, como destaca la economía política ortodoxa, ha «liberado» a los hombres de la sumisión a tales intercambios injustos. En el mercado capitalista, la obtención de plusvalía no hay que buscarla en la extracción directa del producto, a través de la apropiación forzosa o consuetudinaria del trabajo asalariado: el trabajo se «compra y vende según su valor» en el mercado, como cualquier otra mercancía.

Al resolver este «enigma» de la producción capitalista, Marx establece una clara conexión entre ciertas características esenciales de la situación de clase del trabajador asalariado y las exigencias estructurales del mercado capitalista. El capitalismo presupone lo que Marx llama una separación entre «el individuo personal y el individuo de clase»¹⁴. La «liberación» de los hombres de las obligaciones inherentes al feudalismo ha creado un nuevo tipo de dependencia de clase, en la que el carácter «económico» del trabajador se ve amputado o alienado de su carácter de ser humano integral. En el capitalismo, el trabajo se considera lo mismo que cualquier otra mercancía, como un producto que se compra y vende en el mercado. Pero lo que el trabajador vende, de hecho, es su fuerza de trabajo, una capacidad económica, que puede cuantificarse y fijarse según un patrón monetario común a los productos materiales de su trabajo. La plusvalía se explica por referencia al hecho de que, como la fuerza de trabajo del obrero es una mercancía, su «costo de producción» puede calcularse exactamente igual que el de cualquier otra mercancía. Este se obtiene por el costo de proporcionar al trabajador los suficientes ingresos como para «producir y reproducirse a sí mismo»: la diferencia entre esto y el valor total creado por el obrero es el origen de la plusvalía.

La constitución del trabajo en «puro valor de cambio» es así inherente al funcionamiento del capitalismo. Este, a su vez, presupone la separación del hombre «económico» del hombre «político». El capitalismo descansa en la «reciprocidad negativa» de la economía y de la política: la dominación de la burguesía como clase se asegura mediante las libertades políticas que 1) liberan el mercado de la influencia o control político, estableciendo una oposición en

¹⁴ *German Ideology*, pág. 95.

tre las apetencias egoístas (la búsqueda del beneficio) en la esfera económica, y la «participación universal» ofrecida en la esfera de la política; 2) permiten a las personas, por tanto, disponer de sí mismos en el mercado como agentes «libres» (por contraste con su situación en el feudalismo, en el cual los hombres se veían atados por obligaciones que trascienden las consideraciones de mercado). El Estado capitalista de esta forma no es solamente un órgano que coordina y hace cumplir los contratos de los que depende el capitalismo: la misma existencia del Estado y de la política (en el sentido que la daba Marx) se fundamenta en las más íntimas condiciones de la producción capitalista.

[La relación entre capital y trabajo asalariado, como se ha expuesto más arriba, implica, pues, la creación de un mercado libre competitivo tanto en el capital como en el trabajo. En *El capital*, Marx se propone la tarea de definir las «leyes» por las que este sistema se modifica desde dentro y preparan finalmente las condiciones para su superación por el socialismo. Existen, en el modelo abstracto, dos procesos de especial importancia: 1) la incipiente socialización de las fuerzas del mercado, que se manifiesta sobre todo en el crecimiento de las sociedades anónimas —«capitalismo sin capitalistas»—, y 2) la polarización de las clases, el capital y, el trabajo asalariado. Se trata más bien de procesos relacionados que de unos procesos totalmente independientes, puesto que ambos se originan por la «lógica interna» de la tendencia del desarrollo del sistema capitalista. El primero, por supuesto, es fundamental, porque supone una transformación de los mismos principios en los que se basa el capitalismo. El capitalismo descansa, sobre todo, en la persecución individualista del beneficio en el mercado libre, por lo cual la producción va unida a la inversión del capital. El mercado capitalista es «anárquico» en el sentido de que no existe una organización social que medie entre la producción y el consumo. En la comunidad feudal —como en cualquier economía tradicional— la producción se subordina a las necesidades conocidas de la localidad. Pero este lazo se rompe con la llegada del mucho más extenso y complejo sistema de intercambio de mercancías que constituye el mercado capitalista. Según Marx, la dislocación entre la producción y el consumo es la causa de las crisis endémicas del capitalismo. En el capitalismo es posible, por primera vez en la historia humana, un considerable volumen de sobreproducción —«sobreproducción», claro está, que no está necesariamente en función de las necesidades reales, sino de la capacidad de los consumidores para adquirir las mercancías en cuestión.

La ocurrencia de crisis y los hundimientos de negocios que éstas provocan, proporcionan un impulso importante hacia la concentración y la centralización del capital como se manifiesta, por una parte, en el crecimiento de las grandes firmas a expensas de empresas más pequeñas y, por otra, en el nacimiento de Bancos estatales, entidades de crédito, etc. La relevancia de las sociedades anónimas se debe a que proporcionan una demostración palpable de que la industria moderna puede funcionar sin la intervención directa de la propiedad privada. Las sociedades anónimas, de este modo, como «desarrollo final de la producción capitalista», llevan a efecto «la abolición del modo de producción capitalista dentro del propio modo de producción capitalista»¹⁵. Esto no es el «socialismo», porque las sociedades anónimas funcionan aún dentro del marco general del mercado capitalista; pero no obstante representan el surgimiento de un conjunto de relaciones de producción totalmente distintas de aquellas que caracterizaban la estructura original del capitalismo.

Como consecuencia de su propio funcionamiento, por tanto, el capitalismo se transforma a sí mismo «desde dentro». Se ve equilibrado así por el movimiento hacia un nuevo tipo de orden económico y social: pero esto sólo se puede llevar a cabo por la acción revolucionaria de la clase obrera. En el modelo abstracto de capitalismo, el desarrollo del potencial revolucionario de la clase obrera está ligado a tres aspectos de la polarización de clases: a) la desaparición de aquellas clases y segmentos de clases que «complican» el sistema principal dicotómico de clases compuesto por el capital y el trabajo asalariado; b) la progresiva eliminación de sectores diversificados dentro de la propia clase obrera; c) la creciente disparidad entre la riqueza material del capital y la del trabajo asalariado (*Verelendung*: traducido habitualmente por «pauperización»). El primero de estos aspectos es, en cierto modo, asumido ya por el modelo abstracto, al menos por lo que se refiere a las «clases de transición» que permanecen como un residuo del feudalismo. Estas se ven destruidas con la llegada del capitalismo a su madurez, que vorazmente se traga todos los vestigios que quedan de la forma tradicional de sociedad. Pero el avance del capitalismo conduce también a la eliminación de la «subclase» de la pequeña burguesía, que se «hunde en el proletariado». La cada vez mayor homogeneidad interna de la clase obrera se deriva, según Marx, principalmente de la tendencia a la mecanización estimulada por el constante impulso hacia cambios tecnológicos que genera el capitalismo. El principal fenómeno es la desaparición del trabajo especializado; la tarea

¹⁵ *Capital*, vol. 3, pág. 429.

del trabajador especializado es asumida por la máquina y todo trabajo se ve reducido a operaciones sencillas y repetitivas.

Las opiniones de Marx sobre la tercera serie de factores —la llamada «tesis de la pauperización»— son especialmente difíciles de valorar. ¿Creía Marx que el capitalismo tiende a crear un empeoramiento absoluto en los niveles materiales de vida de los asalariados, o sostenía que el capitalismo crea una relativa disparidad entre las retribuciones que corresponden al trabajo y las que corresponden al capital? Afirmaciones palpablemente contradictorias se pueden encontrar con relativa facilidad en Marx. Así en *El capital* habla lisa y llanamente de la «acumulación de riqueza que se crea en uno de los polos» de la sociedad capitalista, en comparación con la «acumulación de miseria» en el otro «polo»¹⁶. En «Trabajo Asalariado, y Capital», por otra parte, parece entender este contraste como una cuestión relativa:

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son también pequeñas satisface todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no tiene exigencias, o las tiene muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más incómodo, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes¹⁷.

En realidad, la confusión sobre esta cuestión se deriva menos de los textos de Marx que de los de algunos de sus intérpretes posteriores, que no han distinguido adecuadamente entre el estudio que Marx hace del «precio del trabajo» y su análisis de la «población excedente relativa», el «ejército de reserva» de los trabajadores crónicamente desempleados. Es evidente en los presupuestos de la teoría general económica del capitalismo de Marx que, si bien pueden existir fluctuaciones en las ganancias del trabajo, estas ganancias nunca pueden alejarse demasiado del nivel que establece el teorema de que el trabajo se compra y vende «según su valor»: los salarios del trabajo no pueden sobrepasar las condiciones que proporcionan la subsistencia básica del trabajador. El aumento del «ejército de reserva» está relacionado con esto, dado que este conjunto de mano de obra desempleada constituye un recurso permanente que los patronos pueden utilizar para disminuir los aumentos

¹⁶ *Ibid.*, vol. 1, pág. 645.

¹⁷ «Wage Labour and Capital», *Selected Works*, pág. 84.

tos salariales del trabajador en épocas de prosperidad económica. Es el ejército de reserva el que representa el foco principal de la pobreza absoluta y de la privación que crea el capitalismo.

La distinción es importante porque, según Marx, no es el indigente crónico el que constituye el origen del impulso hacia la acción revolucionaria de la clase obrera. Por el contrario, los elementos más castigados por la pobreza en la sociedad observan una tendencia a adoptar actitudes reaccionarias y son susceptibles de ser manipulados por los intereses conservadores. El empeoramiento de la situación relativa del grueso de la clase obrera, por otra parte, junto con los aspectos de la «polarización» discutidos anteriormente, proporcionan la combinación de circunstancias que promueven el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado. Sin embargo, otros factores, endémicos también al modo de producción capitalista, facilitan la formación de la conciencia de clase. Entre éstos se incluyen la concentración de la clase obrera en las zonas urbanas y la creación de unidades productivas en gran escala, que proporcionan a los hombres una rápida percepción de su situación común¹⁸ —una percepción que se clarifica también por las súbitas privaciones que se experimentan en las crisis periódicas que sufre el capitalismo. Pero la «conciencia de clase» sólo es importante cuando adopta una forma organizada y, más específicamente, una forma política. El propio carácter de la democracia burguesa, con su esfera rigurosamente delimitada de lo «político», posibilita unas formas de unión y de organización partidista que permiten plantear las reivindicaciones revolucionarias de la clase obrera.

Constituye un error considerar los principios establecidos por Marx en su modelo abstracto de desarrollo capitalista, como se hace con frecuencia, como «predicciones» sobre el futuro próximo de las sociedades capitalistas históricas. Las «leyes» que, según Marx, «funcionan con férrea necesidad hacia unos resultados inevitables» representan propiedades tendenciales intrínsecas a los mecanismos más profundos del modo de producción capitalista; pero esas «leyes» son, según sus palabras, «como todas las demás leyes, modificadas en [su] funcionamiento por muchas circunstancias»¹⁹. Dicho de otra manera, una comprensión teórica de las característi-

¹⁸ «La moderna industria ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran factoría del capitalista industrial. Masas de trabajadores, amontonados en la factoría, están organizados como soldados... Y este despotismo es tanto más mezquino, más vituperable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.» «Manifesto of the Communist Party», *Selected Works*, pág. 41.

¹⁹ *Capital*, vol. 1, pág. 644.

cas estructurales del mercado capitalista debe complementarse con estudios históricos de las características específicas de las sociedades concretas. Esto incluye a Inglaterra, sobre la que se basa el modelo abstracto; pero muchos de los escritos de carácter más histórico de Marx se refieren a los casos de Alemania y Francia.

La fuente inicial de las opiniones de Marx se encuentra, desde luego, en su temprana valoración del «retraso» del desarrollo social alemán. Alemania experimentó lo que constituyó, en cierto sentido, la primera «revolución» de los tiempos modernos —la Reforma—, pero fue una revolución confinada a la esfera de las ideas y de este modo preparó el camino para lo que Marx consideró como tendencia característicamente alemana a separar el campo de lo espiritual del de lo material. Los logros culturales de Alemania, que contrastan radicalmente con su bajo nivel de desarrollo económico y político, demuestran esa afirmación. Bajo la influencia de los jóvenes hegelianos, Marx trató de resolver esta contradicción mediante una crítica racional, a la manera de David Strauss y Bruno Bauer. Pero los acontecimientos que le obligaron a exiliarse en Inglaterra contribuyeron también a poner de manifiesto la necesidad de estudiar la «dinámica interna» del capitalismo que se encontraba más desarrollada en este último país. Mientras que en Inglaterra, como en Francia, la burguesía había empezado ya a ser una fuerza ascendente, en Alemania, en la primera parte del siglo XIX, «apenas había empezado su confrontación con el absolutismo feudal». Por lo que el objetivo principal, en Alemania, era apoyar a la sociedad burguesa, para que llevara a cabo el desplazamiento del «gobierno absoluto», con su «séquito de clérigos, profesores, señores feudales y funcionarios»²⁰. Los contrastes entre esta situación y las condiciones existentes en Inglaterra y Francia dieron lugar a formas diferentes de Estado capitalista. Los distintos estudios de Marx sobre estas condiciones, a nivel histórico, contienen dos nociones parcialmente independientes sobre el cúmulo de circunstancias que pueden originar la transformación revolucionaria del capitalismo.

Una aparece en sus escritos, bajo formas ligeramente diferentes, al principio y al final de su carrera. Es la tesis de que el sometimiento de un país socialmente atrasado a la influencia de una tecnología industrial avanzada puede crear una conjunción explosiva de acontecimientos que produzca una «etapa burguesa» de la sociedad muy pasajera, a la que rápidamente siga una revolución socialista. Tal curso de acontecimientos es precisamente lo que Marx pronosticaba para Alemania en 1848. Pero una conjunción explosiva de circunstancias

²⁰ «Manifesto of the Communist Party», págs. 56-7.

potencialmente similar reapareció décadas más tarde en Rusia —aunque en este caso Marx parece ser que había pensado que, siempre que una revolución rusa fuera la señal para una serie de revoluciones socialistas en los países industrialmente desarrollados de Europa Occidental, era posible que Rusia, debido a la supervivencia de la propiedad comunal en los *mir*, pasase directamente a una revolución socialista con éxito sin la intervención de una «etapa burguesa». Como quiera que sea, tanto en el caso de Alemania como en el de Rusia, no son las contradicciones internas del capitalismo las que generaron el impulso hacia un cambio revolucionario, sino más bien las contradicciones a que dan lugar un enfrentamiento relativamente súbito entre lo «tradicional» y lo «moderno». Cuando existe un proceso de cambio revolucionario en un país muy «atrasado», éste favorece la expansión de la revolución a las sociedades más avanzadas, cuya influencia puede repercutir de nuevo sobre el primero.

La segunda versión de la teoría del cambio revolucionario es la que se desprende directamente del modelo abstracto de desarrollo capitalista elaborado en *El capital*. En este caso, por razones ya indicadas anteriormente —esto es, la aglomeración del proletariado en zonas urbanas, la creación de condiciones homogéneas de trabajo, etcétera— las circunstancias que promueven la revolución se estimulan, no por un choque entre lo viejo y lo nuevo, sino por la maduración interna del propio capitalismo.

¿Por qué fue entonces Francia en vez de Inglaterra, la que ocupó la atención de Marx durante la mayor parte de su carrera como el lugar probable de una conflagración revolucionaria? La respuesta dada por Marx es clara, si bien no totalmente convincente a la luz del análisis abstracto de *El capital*.

En Inglaterra, señala Marx, el proceso revolucionario que condujo al derrumbamiento del orden feudal se encontraba relativamente remoto históricamente, y significó la evolución hacia un sistema político «de compromiso» dentro del cual se acomodó la expansión del industrialismo. Francia, por el contrario, había experimentado el cataclismo de la revolución burguesa de 1789 y era la fuente original de la teoría política del socialismo. En Francia, el reciente acontecimiento de la revolución burguesa significaba que la sociedad se encontraba dividida aún en fragmentos diferentes, por lo que el papel de las clases «de transición» era especialmente importante. De aquí que la posición de la burguesía estuviera, desde el principio, amenazada por dificultades especiales y que el proceso de expansión capitalista produjera sus efectos en un proletariado sensibilizado de antemano hacia las posibilidades de la política revolucionaria. El carácter de las relaciones de clase en Francia, al menos

en los tres primeros cuartos del siglo XIX, se manifestaba en una especie de equilibrio, en el que el poder ejecutivo recaía en las manos de Luis Napoleón. Estos factores, por tanto, crearon un sistema socio-político de carácter frágil; como Engels escribió en 1891, «gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar en esta ciudad ninguna revolución que no asumiese enseguida un carácter proletario...»²¹.

La afirmación de Engels podría revisarse ahora para incluir en ella los ciento treinta últimos años. En los capítulos siguientes, volveré a discutir el desarrollo de la estructura económica y política de Francia; pero mantendré que la explicación de la naturaleza y el curso de este desarrollo, si bien debe empezar en los mismos factores histórico de los que se ocupó Marx, implica romper con algunas de sus ideas generales más fundamentales.

²¹ «Introduction to *The Civil War in France*, *Selected Works*, pág. 252.